



# CRECED

en la gracia y el conocimiento de nuestro  
Señor y Salvador Jesucristo. 2 Pedro 3:18

[www.creced.ch](http://www.creced.ch)

Noviembre - Diciembre 2024

## Índice n° 6/2024

2	El ABC del cristiano	<i>W. Gschwind</i>
8	La entrada en el reino eterno	<i>E.A. Bremicker</i>
12	Divorcio y segundas nupcias	<i>A. Remmers</i>
15	La Iglesia, cuerpo de Cristo	<i>W.W. Fereday</i>

La revista Creced tiene como meta la edificación y la enseñanza de los que, por gracia, pertenecen a Cristo. Se funda en la soberana autoridad de las Sagradas Escrituras, la Palabra de Dios, la cual “es inspirada por Dios, y útil para enseñar, para redargüir, para corregir, para instruir en justicia, a fin de que el hombre de Dios sea perfecto, enteramente preparado para toda buena obra”. 2 Timoteo 3:16–17

Le recomendamos encarecidamente que tenga siempre a mano su Biblia para buscar en ella todas las citas indicadas en esta revista. Haciéndolo así, usted sacará mayor provecho de su lectura y podrá comprobar con la Palabra, única fuente de Verdad, la enseñanza dispensada. Seamos como los creyentes de Berea, los cuales “recibieron la palabra con toda solicitud, escudriñando cada día las Escrituras para ver si estas cosas eran así”. Hechos 17:11

# El ABC del cristiano

---

(Viene de la página 6 del n° 5/2024)

## María Magdalena

Permítame hacerle una pregunta muy personal: ¿Es usted realmente feliz?

No me dé una respuesta teórica. No espero que me cuente su conversión, ni que me describa la perfecta salvación que ha recibido por la fe. Tampoco espero que me enumere las inmensas bendiciones celestiales que todo creyente tiene en Cristo. Todo esto sería ciertamente objeto de un verdadero y santo gozo. Pero ahora me gustaría que me diera una respuesta sencilla y directa a esta pregunta: ¿Es realmente feliz?

Después de un breve momento de autocrítica, tal vez responderá: «¿Feliz? ¡Pues no! Ciertamente, leo la Escritura todos los días, oro, voy a las reuniones, trato de seguir las exhortaciones de la Palabra lo mejor que puedo. Pero tengo que admitir que lo hago todo con muy poco entusiasmo. Mi vida cristiana se parece mucho más a un pequeño hilo de agua que fluye por el lecho de un arroyo casi seco que a un río abundante que arrastra todo y da vida».

No queremos investigar ahora cómo ha llegado a este estado. Le

interesará mucho más saber cómo puede cambiar las cosas.

El camino hacia la felicidad está descrito en la Palabra de Dios de forma exacta y fiable. En los Salmos y en el sermón del monte encontramos constantemente las expresiones: “Bienaventurado el hombre...” o “Bienaventurado el que...”. Esta enseñanza se desarrolla muy claramente en las epístolas del Nuevo Testamento.

Hasta ahora, seguro que no ha seguido lo suficiente estas instrucciones divinas. Solo podrá encontrar el gozo en su corazón examinando cuidadosamente su vida a la luz de la Palabra de Dios, y sometiéndose a sus enseñanzas y exhortaciones.

Pero hoy quisiera señalar en particular lo siguiente: es **en una persona**, en Jesucristo, donde encontramos la felicidad. Lo disfrutamos en la medida en que tenemos **comunión con Él**. La Palabra nos lleva a él, a su conocimiento, al regocijo en el Señor (Filipenses 3:1, 8; 4:4). Todas estas exhortaciones son para que busquemos esta fuente de salvación, de gracia y de paz, y no la dejemos nunca.

No hay nada mejor para usted que realizar constantemente las palabras del Salmo 63:8: “Está mi alma apegada a ti” (o: te sigue directamente). Cada día su corazón puede buscarlo, hacer de **Él** el objeto de sus meditaciones, regocijarse en él.

¡Qué sencilla es esta divina receta de la felicidad! No tenemos nada en nosotros mismos, sino todo en él.

En María Magdalena, esta sencilla mujer, la Escritura nos da un ejemplo notable de un alma que siguió esta receta desde el principio de su vida cristiana. Dondequiera que la encontremos en la Biblia, está en relación directa con el Señor. Consideremos los pasajes que se refieren a ella, pues nos animarán.

### *Su primer encuentro personal con él* (Lucas 8:2)

¡Qué pasado tan terrible tuvo María Magdalena! Poseída por siete demonios, estaba totalmente bajo el poder de quien quiere tirar y corromper a los hombres.

Nada podía sacarla de esa situación, salvo un encuentro personal con el Señor Jesús, ante quien los demonios tiemblan. Él mismo había venido y la había librado.

Ciertamente, “la fe es por el oír, y el oír, por la Palabra de Dios” (Romanos 10:17). Pero una comprensión puramente intelectual de la doctrina de la libertad en Cristo es de poca ayuda para el hombre que suspira bajo la servidumbre del pecado. El Señor mismo debe abrir su corazón y habitar en él por la fe.

¡Qué punto de inflexión en la vida de María Magdalena! Hasta entonces solo había experimentado el terrible poder de Satanás,

la engañosa vanidad del hombre y del mundo, y ahora esta liberación, ¡Qué Libertador! No dudó ni un momento: Jesús iba a poseer ahora su corazón. Quería pertenecerle y vivir para él con todas sus facultades.

### *Ella le siguió (Marcos 15:40-41)*

Cuando Jesús pasaba por las ciudades y aldeas de Galilea, le siguió mucha gente que quería ser sanada, ver milagros o algo extraordinario.

Pero María Magdalena se sintió atraída por la persona de su Salvador. Quería estar **cerca de Él**. Era **él mismo** a quien deseaba. Él llenó su mente. Por la mañana, quizás su primer pensamiento fue: ¿Cómo puedo acercarme lo más posible a él, para verlo y escucharlo? Por la noche, seguro seguía recordando con alegría lo que había vivido con él.

Esta mujer nos enseña a mirar el caminar con Jesús desde un punto de vista maravilloso. A menudo pensamos en las **condiciones** y **consecuencias** de caminar con Jesús, en la negación a sí mismo (Mateo 16:24), en el coste de la obediencia, en el desprecio y el odio del mundo (Juan 15:20). Pero María siguió a Jesús para estar cerca de él. Lo que recibió cerca de él la sostenía a través de toda la oposición.

¿Qué le impide detenerse ahora, cerca del mismo Señor? Ejercítese

cada día para tener esos momentos, siempre más largos y cercanos. ¡Hacen tan bien al alma! Solo así sus problemas se podrán resolver.

### *Le sirvió*

*(Marcos 15:40-41; Lucas 8:2-3)*

¿Cómo llegó María Magdalena a servir al Señor Jesús? ¿Se lo pidió específicamente? ¿Le dijo: «María, mis sandalias y mis vestidos están gastados, mis discípulos y yo no tenemos nada que comer, la bolsa está vacía, ¿no podrías...»??

Pero no, ella lo hizo por sí misma. Si una esponja está llena de agua, con nada más que tocarla brota agua. ¿Puede el creyente estar verdaderamente en la proximidad del Señor sin recibir la riqueza de su amor? ¿No basta que el Espíritu dé un ligero impulso para poner en marcha el corazón? María Magdalena no esperó órdenes como lo haría una sirvienta. Ella **buscaba** servir al Señor. Sentía la necesidad de hacer lo que le gustaba.

Sí, ella servía a **Jesús**, quien registra con alegría cada movimiento del alma hacia él, y cada servicio hecho para él. Y es el Señor quien un día recompensará todo esto de forma divina (2 Corintios 5:10). Por otro lado, qué odiosas son las actividades y servicios cristianos que, de una u otra manera, tienen como objeto y motivo el «Yo».

¿Con qué podría servirle María? Con sus posesiones, con lo que

tenía en ese momento. Puede que fuera poco; desde el punto de vista humano, acostumbrado a escribir extensos volúmenes sobre la vida de los «grandes hombres», era insignificante. Pero a Dios le pareció lo suficientemente importante como para registrarlo en su Libro, al igual que las dos blancas de la pobre viuda (Lucas 21:2). ¿Y qué libro sobrevivirá al tiempo en la tierra?

### *Lo vio en la cruz*

*(Marcos 15:40-41; Lucas 23:49)*

¿Dónde estaba María Magdalena cuando Jesús estaba en la cruz? ¿Entre los curiosos que presenciaban este “espectáculo”? Desde luego que no. Ella estaba “lejos” entre otras mujeres creyentes que habían subido con el Señor desde Galilea a Jerusalén.

Ella se encontraba “mirando”. Le dolía el corazón ver a su Señor sufrir tal oprobio, un dolor insoportable y la más profunda angustia, mientras era entregado indefenso a unos verdugos crueles y burlones. ¿Por qué no intervino Dios?

¿Qué entendía ella de lo que estaba ocurriendo allí? Debe haber sido un evento inconcebible para María de Magdala. Afortunadamente, aquí estaba de nuevo en la proximidad de su amado Señor. Los sufrimientos de Cristo en la cruz quedaron grabados en su corazón para siempre. Cuando más tarde se explicó el

significado de los mismos y la obra del Señor a través del servicio del Espíritu Santo en la Iglesia, ¡cuántos detalles de la escena que ella había presenciado debieron iluminarse; cuánto debió crecer en su alma la grandeza de la persona de Jesús! Ella debió maravillarse de la anchura, longitud, profundidad y altura de su amor, y de la muchedumbre de su gloria.

Que el nuevo converso, a pesar de su escaso conocimiento, no dude en meditar largamente sobre lo ocurrido en la cruz. Allí encontrará los más altos y preciosos tesoros de la revelación del Padre y del Hijo; allí verá, como en ningún otro lugar, la perfección de su salvación en Cristo. Sí, subamos al Gólgota a menudo en espíritu. ¿No es este el propósito de la Cena, que el Señor instituyó, dirigiendo esta exhortación a todos los creyentes: “Haced esto en memoria de mí” (Lucas 22:19)?

### *Ella quería ungirle (Marcos 16:1)*

Fue otra María, María de Betania, que se había sentado a los pies del Señor para recibir sus enseñanzas, la única que lo ungió con perfume en el momento oportuno. Todas las demás mujeres que querían ungirle en el sepulcro después de su muerte llegaron demasiado tarde, incluida María Magdalena.

En esto mostró una cierta ignorancia. Pero, ¿acaso sus recipientes de perfume, llenos de las especias

aromáticas que había preparado para Jesús, no tenían el mismo significado que el perfume derramado por la otra María en Juan 12? ¿No nos hablan del aprecio de todas las gracias y bellezas que esta principiante en el camino de la fe veía en el Señor? ¿No nos muestran gratitud y adoración? Su corazón estaba completamente entregado hacia él; solo que su conocimiento era aún muy débil.

Cuando un israelita tenía en el corazón de ofrecer un holocausto a Dios, aunque fuese demasiado pobre para ofrecer vacuno o del rebaño, podía simplemente presentar una paloma sin defecto. También esta ofrenda era “ofrenda encendida de olor grato para Jehová” (Levítico 1:14; 5:17). El conocimiento del sacrificio de Cristo y de las glorias de su persona que ha obtenido de la Palabra de Dios puede ser todavía débil, pero aun así su adoración expresada juntamente con otros en oración y canto será un grato olor para él. Esto será así en la medida en que, en ese momento preciso, solo su persona tenga valor para usted, como lo tenía para María Magdalena. ¿Pensará en esto cuando vaya al culto? ¡Qué lleno estará su corazón cuando vuelva a casa!

### *Lo buscó con perseverancia*

*(Juan 20:1-18)*

Este es el pasaje de la Escritura que más nos habla de María Magdalena.

Jesús había muerto; José de Arimatea y Nicodemo pusieron su cuerpo en el sepulcro nuevo. María se había unido a la triste procesión desde la cruz hasta la sepultura, y miraba donde estaba puesto el cuerpo de su Salvador. Todo lo que su corazón poseía yacía allí en la tumba, frente a la cual rodaba una piedra. ¡Qué difícil fue para ella irse de allí y volver a casa!

¿Qué le quedaba a esta alma que no conocía el glorioso final del camino del Señor? ¡Todavía quería realizar un servicio de amor! Con otras mujeres, quiso embalsamar el cuerpo del Señor, como acabamos de recordar. ¡Con qué celo amoroso hicieron los preparativos! Como el sábado (el día de descanso obligatorio) estaba llegando a su fin, compraron especias aromáticas y las prepararon (Marcos 16:1). Pero “pasado el día de reposo”, fueron por segunda vez “a ver el sepulcro” (Mateo 28:1).

María Magdalena no encontró descanso esa noche. A la mañana del día siguiente, primer día de la semana, acudió de nuevo al sepulcro siendo aún oscuro (Juan 20:1). ¿Y qué vio? La piedra había sido quitada y la tumba estaba vacía. El gran acontecimiento de la resurrección había tenido lugar, mientras tanto, ¡ella no lo sabía! Y ahora el cuerpo de Jesús había desaparecido. ¿Qué había pasado? Corrió hacia Pedro y Juan con

gran ansiedad y preocupación. Si alguien sabía qué hacer, debían ser ellos. Así que también ellos corrieron al sepulcro, seguidos por María, que iba allí por tercera vez.

El Señor había dicho repetidamente a estos dos discípulos que tendría que sufrir, morir y, después de tres días, resucitar. Finalmente pudieron comprender esta verdad cuando vieron la tumba vacía. Ellos creyeron y volvieron a los suyos, demasiado ocupados con estas grandes cosas para prestar atención al profundo dolor de María Magdalena.

Esta mujer, a la que Jesús liberó de su terrible condición, había recorrido con él todo el camino de la fe, y había encontrado en él el apoyo de su vida, una profunda paz y un maravilloso gozo. Y ahora se hallaba —o eso creía— sola y abandonada. La comunión con él había sido la razón de ser de su vida; hizo todo lo posible por estar cerca de él: le había seguido y servido, estuvo junto a la cruz en las horas más duras que Él soportó; había estado presente cuando su cuerpo fue puesto en el sepulcro; y ahora que quería poder embalsamarlo, su cuerpo ni siquiera estaba allí. ¡Qué vacío! María estaba fuera llorando junto al sepulcro. ¡Qué preciosas deben haber sido esas lágrimas para Dios! He aquí una

mujer que no lloraba porque le hubieran quitado las cosas visibles o los seres humanos en los que creía tener su felicidad. Pero lloró porque pensó que le habían quitado para siempre la verdadera fuente de felicidad, la que Dios le había dado en su Hijo y de la que bebió en abundancia. ¿No es ella realmente un ejemplo vivo de lo que usted y yo podemos encontrar en Cristo, cada día y cada momento?

Mientras lloraba, se inclinó hacia el sepulcro y vio a dos ángeles sentados, con vestiduras blancas. ¡Qué aparición! Y qué impresionante: ¡ángeles del cielo! Muchos israelitas piadosos en el pasado se llenaron de miedo ante tal encuentro. Pero María no les prestó atención. Ella buscaba al Señor. Nadie más podía ocupar el lugar que Su persona tenía en su corazón. No se apegó a los discípulos, que acababan de irse, ni dirigió su alma a esos ángeles. Su cristianismo no se limitaba a las relaciones con los creyentes. Menos aún podía estar satisfecha con las formas y ejercicios religiosos. Cuando los ángeles le preguntaron: “Mujer, ¿por qué lloras?”, ella se limitó a responder: “Porque se han llevado a **mi** Señor, y no sé dónde le han puesto” (Juan 20:13).

¿El Resucitado se negaría a manifestarse a un alma tan decidida a buscarlo? No, allí estaba, llamándola por su nombre, como el buen

pastor: “¡María!” Era a ella a quien quería revelarse, antes que a todos los demás.

¡Qué cambio tan extraordinario para el corazón de María! De un momento a otro, fue elevado de un abismo de oscuridad a la mayor proximidad con su Señor, una proximidad que era viva, radiante y le llenaba de felicidad. Ahora todo estaba bien. Estaba vivo, estaba allí. Nunca más tendría que separarse de él. Cayó a sus pies, gritando de gozo: “¡Raboni!” (v. 16)

Y cuando más tarde ascendió al cielo, ella pudo, a través del Espíritu Santo, estar aún más cerca de él que antes.

Que el Señor hable a nuestros corazones y conciencias a través de esta escena. Hoy corremos el gran peligro de contentarnos con formas externas y doctrinas. Nuestra vida cristiana se está marchitando, volviéndose impotente, apática. Es como una casa vacía cuyos habitantes se han ido a otra parte. En tal estado, no podemos deleitar al Señor ni ser una bendición para los demás, y nuestros propios corazones se vuelven descontentos e infelices. ¡Es tan vital buscar **la persona** del Señor mismo cada día! Solo entonces podrá llenar nuestros corazones con su presencia vivificante, y estas palabras de Pedro pueden aplicarse también a nosotros: “Jesucristo, a quien amáis sin haberle visto, en quien creyendo,

aunque ahora no lo veáis, os alegráis con gozo inefable y glorioso” (1 Pedro 1:7-8). Aquí está el secreto de una vida feliz.

*Ella dio testimonio de Él*  
(Juan 20:15-18)

No es de extrañar que María hablara libremente del rechazado y crucificado Señor Jesús al que pensaba era hortelano. Para ella, “él” era lo único que importaba. Así, María habló abiertamente de lo que él significaba para ella. ¿Será más difícil para nosotros, si él es también el centro de todos nuestros afectos? María solo dijo una frase. ¡Pero fue suficiente para revelar lo que es Cristo para nosotros, y para dejar una profunda impresión en los que aún no lo conocen!

¿Cómo María, cuyos conocimientos eran tan limitados, pudo entonces llevar un mensaje a los hermanos y hermanas, y podía comunicarles cosas que aún no conocían?

Ella buscó al que ahora había resucitado. Y allí, en su cercanía, él le reveló la nueva y maravillosa relación con Dios a la que los creyentes han sido llevados: “Ve a mis hermanos, y diles: Subo a mi Padre y a vuestro Padre, a mi Dios y a vuestro Dios” (v. 17).

A menudo nos detenemos con asombro en los numerosos escritos y estudios bíblicos fundacionales de nuestros padres, que muestran

un profundo discernimiento de la gloria, los pensamientos y los caminos de Dios. Es cierto que ellos vivieron en una época de avivamiento. Pero este avivamiento consistía principalmente en que los corazones de estos hermanos dejaron todas las otras cosas para fijarse en el Señor. Y allí, en su presencia, recibieron la comprensión de sus pensamientos.

Todos necesitamos que nuestros corazones se despierten. “Bienaventurados los que... con todo el corazón le buscan” (Salmo 119:2).

(Continuará)

## La entrada en el reino eterno

---

¿Cómo comprender el siguiente pasaje?

*“Porque de esta manera os será otorgada amplia y generosa entrada en el reino eterno de nuestro Señor y Salvador Jesucristo” (2 Pedro 1:11).*

Esta declaración de Pedro ha suscitado a menudo interrogantes en la mente de los lectores. Meditando en su significado, necesitamos recordar que el apóstol se

dirige a creyentes de origen judío cuyos pensamientos estaban enfocados en la venida de un reino glorioso, establecido por el Mesías a quien esperaban. Aunque estemos menos ocupados acerca del reino que ellos, este pasaje tiene hoy un mensaje para nosotros.

## El reino de Dios

“El reino” o “reino de Dios”, o “el reino de los cielos” son las expresiones que delimitan una esfera en la cual son reconocidos los derechos y la autoridad de Jesucristo como Señor. Es el área en la que sus siervos lo siguen y le sirven. Este reino se presenta bajo dos formas: una actual y otra futura.

**La forma actual** es en la que el reino existe hoy, teniendo la particularidad de que el rey no reina de manera visible y oficial. Cuando Jesús vino a la tierra, los judíos lo rechazaron diciendo: “No queremos que éste reine sobre nosotros” (Lucas 19:14). Es lo que el mundo ha estado haciendo hasta hoy. Y nosotros que le pertenecemos, somos sus siervos sobre la tierra, lo seguimos y le servimos mientras él está en el cielo.

**La forma futura** es en la que pronto el reino será establecido sobre la tierra en su poder y gloria. El Señor Jesús volverá como “Rey de reyes y Señor de señores” para instituir públicamente y de manera

visible su dominio sobre la tierra (Apocalipsis 11:17; 19:6,16). Entonces se establecerá lo que llamamos comúnmente el **reino milenario** o el **milenio**. Con respecto a la tierra, durará efectivamente mil años (Apocalipsis 20:2-7). Luego vendrá “el fin, cuando entregue el reino al Dios y Padre, cuando haya suprimido todo dominio, toda autoridad y potencia” (1 Corintios 15:24). En ese reino futuro, reinaremos con el Señor Jesús.

## Un reino eterno

Este reino venidero no tiene solamente un aspecto terrenal sino también celestial, y este nos concierne especialmente a nosotros, los cristianos del tiempo de la gracia. Viviremos el reino desde el cielo, reinando con el Señor Jesús desde allí. En su aspecto celestial, ese reino es “un reino incommovible” (Hebreos 12:28) y un “reino eterno” (2 Pedro 1:11). No tiene fin.

En la tierra este reino tendrá un final después de los mil años y este fin traerá grandes trastornos: “Pero el día del Señor vendrá como ladrón en la noche; en el cual los cielos pasarán con grande estruendo, y los elementos ardiendo serán deshechos, y la tierra y las obras que en ella hay serán quemadas” (2 Pedro 3:10). “Pero nosotros esperamos, según sus promesas, cielos nuevos y tierra nueva, en los cuales mora la

justicia” (v. 13). A pesar de la desaparición de la primera creación, el reino continúa. Se dice de nosotros, los creyentes celestiales, que “reinarán por los siglos de los siglos” (Apocalipsis 22:5). Para nosotros el reino es un “reino eterno”.

En su forma pública y visible, este reino eterno comenzará cuando Cristo aparezca por segunda vez sobre la tierra. Es el reino “de nuestro Señor y Salvador Jesucristo”. Aquí Pedro utiliza su título completo. Es el Señor, delante del cual todos se inclinarán un día. Y es también Jesucristo, aquel que se humilló sobre la tierra para cumplir los consejos de Dios y a quien Dios elevó hasta los lugares celestiales.

### La gracia de Dios y la responsabilidad del hombre en relación a la entrada en el reino

Pedro habla de una entrada “amplia y generosa” en este reino. Por un lado, apela a nuestra responsabilidad, ya que vincula esta amplia y generosa entrada a unas condiciones que deben cumplirse. Por otro lado, resalta la gracia de Dios: esta entrada nos será “otorgada”. Estos dos aspectos no pueden separarse. Dios, en su gracia, nos concede la entrada, pero debemos tener cuidado de que esta entrada nos sea dada de forma “amplia y generosa”. Para ello debemos desarrollar y manifestar

las cosas que Pedro menciona en los versículos precedentes: “vosotros también, poniendo toda diligencia por esto mismo, añadid a vuestra fe virtud; a la virtud, conocimiento; al conocimiento, dominio propio; al dominio propio, paciencia; a la paciencia, piedad; a la piedad, afecto fraternal; y al afecto fraternal, amor”. (2 Pedro 1:5-7). La práctica de estas cosas será recompensada con una amplia y generosa entrada en el reino eterno.

Un vínculo similar se encuentra entre la gracia de Dios y la responsabilidad de los creyentes en Apocalipsis 19 cuando se habla del vestido de la esposa: “Y a ella se le ha **concedido** que se vista de lino fino, limpio y resplandeciente; porque el lino fino es las **acciones justas** de los santos” (v. 8).

### Confusiones posibles

Para evitar confusiones es útil ver lo que no es la entrada en el reino eterno.

a) No se trata de nuestra entrada en el reino bajo su forma actual en la tierra. Para entrar en este reino tenemos la necesidad del nuevo nacimiento, es decir la fe y el arrepentimiento. El Señor Jesús habló de esto varias veces: “Arrepentíos, porque el reino de los cielos se ha acercado” (Mateo 4:17); “de cierto os digo, que si no os volvéis y os hacéis como niños,

no entraréis en el reino de los cielos” (18:3); “de cierto, de cierto te digo, que el que no naciere de agua y del Espíritu, no puede entrar en el reino de Dios” (Juan 3:5). No hay entrada amplia o estrecha. Tenemos la vida nueva o no la tenemos. Dios “nos ha librado de la potestad de las tinieblas, y trasladado al reino de su amado Hijo” (Colosenses 1:13). En cuanto a la entrada en ese maravilloso reino no hay diferencia entre los creyentes.

b) No se trata del día de nuestra muerte cuando entremos en la presencia del Señor. Si un creyente pasa por la muerte, es introducido al **paraíso**. El Señor dijo a uno de los malhechores: “hoy estarás conmigo en el paraíso” (Lucas 23:43). El paraíso no es el “reino eterno” de 2 Pedro 1. Es mucho mejor. Y el Señor lo distingue claramente del “reino” del que hablaba este hombre (v. 42). En cuanto a la entrada al paraíso no hay diferencia entre los creyentes, esta entrada no es ni amplia ni estrecha.

c) Tampoco se trata de nuestra entrada a la “casa del Padre”.

La expresión “reino de Dios” o “reino de los cielos” es a menudo mal comprendida y confundida con el cielo o la casa del Padre. La entrada a la casa del Padre nos es asegurada por la obra del Señor Jesús y por su elevación en el cielo. Entró allí para prepararnos un lugar (Juan 14:2). La condición

de nuestra entrada en la casa de su Padre es que seamos hijos de Dios. Puesto que somos sus hijos, estaremos allí un día. En cuanto a la posición de hijos, todos los creyentes somos iguales. No podemos ser más o menos hijos. Se es un hijo de Dios o no. Entonces en cuanto a la entrada a la casa del Padre no hay diferencia entre los creyentes. No obstante, si se trata de la entrada al “reino eterno de nuestro Señor”, hay una diferencia. Entre sus **hijos**, un padre no hace diferencia, pero sí entre sus **siervos**.

### ¿Cómo entraremos en ese reino?

En el versículo citado al principio del artículo, Pedro plantea la cuestión **de qué manera** entraremos en ese reino, y no si entraremos. Todos aquellos que pertenecen al Señor Jesús entrarán en su “reino eterno”, pero esta entrada nos puede ser otorgada amplia o estrechamente. La clase de entrada que nos será dada en ese reino futuro depende de condiciones bien definidas. El Señor Jesús mismo indica una de ellas: es la **fidelidad** con la cual le hemos servido. A una gran fidelidad se le dará una gran recompensa, o una amplia entrada. El Señor describe el día de la retribución de sus siervos en la parábola de las diez minas de Lucas 19. “Vino el primero, diciendo: Señor, tu mina ha ganado diez minas. Él

le dijo: Está bien, buen siervo; por cuanto en lo poco has sido fiel, tendrás autoridad sobre diez ciudades. Vino otro, diciendo: Señor, tu mina ha producido cinco minas. Y también a éste dijo: Tú también sé sobre cinco ciudades” (v. 16-19). El apóstol Pablo también revela algo al respecto: “Si permaneciere la obra de alguno que sobreedificó, recibirá recompensa. Si la obra de alguno se quemare, él sufrirá pérdida, si bien él mismo será salvo, aunque así como por fuego” (1 Corintios 3:14-15).

Pedro no habla directamente de nuestro servicio y de nuestra fidelidad en el servicio. Pero sí de una amplia y generosa entrada en el reino con una vida cristiana práctica en la que crezcamos en la fe y manifestemos “la virtud” (la energía espiritual), el “conocimiento”, el “dominio propio”, la “paciencia”, la “piedad”, el afecto fraternal” y el “amor” (2 Pedro 1:5-6). El que vive de esta manera muestra que es verdaderamente un cristiano. Se parece a Cristo.

Hagámonos cada uno la pregunta: ¿qué entrada tendremos en ese reino? Y saquemos las consecuencias.

E.A. Bremicker

## Divorcio y segundas nupcias

---

Mateo 5:31-32

*“También fue dicho: Cualquiera que repudie a su mujer, dele carta de divorcio. Pero yo os digo que el que repudia a su mujer, a no ser por causa de fornicación, hace que ella adultere; y el que se casa con la repudiada, comete adulterio.”*

En sus enseñanzas, el Señor trata temas que siguen siendo de actualidad. Desgraciadamente, esto también ocurre con el divorcio y las segundas nupcias.

### La carta de divorcio

Deuteronomio 24:1-4 dice: “Cuando alguno tomare mujer y se casare con ella, si no le agradare por haber hallado en ella alguna cosa indecente, le escribirá carta de divorcio, y se la entregará en su mano, y la despedirá a su casa. Y salida de su casa, podrá ir y casarse con otro hombre”.

La mención de la carta de divorcio en este pasaje no significa en absoluto que Dios haya ordenado el divorcio, ni siquiera que lo apruebe. En Mateo 19:8, el Señor Jesús explica a los judíos que Moisés les había permitido

repudiar a sus esposas por la dureza de su corazón; y añade: “mas al principio (es decir, según el orden de la creación) no fue así”. Cuando el pueblo de Israel recibió la ley, era evidente que ya existía la práctica del repudio mediante una carta de divorcio. Moisés lo dejó así, tal vez para proteger a la mujer de un hombre insensible y de corazón duro que pudiera haberle infligido grandes sufrimientos durante su vida en común.

Los judíos habían interpretado esta concesión de Deuteronomio 24 como una autorización para divorciarse con solo una orden de dar carta de divorcio. Esto se desprende también de la pregunta de los fariseos en Mateo 19:7: “¿Por qué, pues, mandó Moisés dar carta de divorcio, y repudiarla?”

### **El matrimonio es una unión para toda la vida**

El Señor Jesús responde severamente a esta ligereza judía —y hoy cristiana— sobre el divorcio: “Pero yo os digo que el que repudia a su mujer, a no ser por causa de fornicación, hace que ella adultere; y el que se casa con la repudiada, comete adulterio” (Mateo 5:32).

Ante todo, notemos que estas palabras se refieren no solo al marido, sino también a la mujer. En Marcos 10:11-12, el Señor, en el

mismo contexto, menciona expresamente a la esposa: “Y si la mujer repudia a su marido y se casa con otro, comete adulterio”.

Según la voluntad de Dios, el matrimonio no debe romperse. El Señor lo deja claro en Mateo 19:6: “Lo que Dios juntó, no lo separe el hombre”. Esto se aplica no solo a los matrimonios contraídos “en el Señor”, sino a todos los matrimonios. Ya en el Antiguo Testamento, Dios había dicho a los judíos que repudiaban a sus esposas: “Porque Jehová Dios de Israel ha dicho que él aborrece el repudio” (Malaquías 2:16).

Según el orden divino, todas las uniones, no solo las de los cristianos, son válidas para toda la vida. El divorcio es en todos los casos una manifestación de pecado y una desviación de la regla divina. Hoy, uno de cada tres o cuatro matrimonios termina en divorcio: la impiedad del mundo crece también en este terreno. El divorcio entre los hijos de Dios es un signo particularmente penoso de conformidad con el mundo.

Por eso tenemos un consejo serio para los jóvenes creyentes: antes de casarse, asegúrense mediante la oración —y escudriñando la Palabra de Dios— de que el matrimonio que proyectan puede contraerse realmente “en el Señor”, es decir, conforme a su voluntad (1 Corintios 7:39). Un

matrimonio contraído a la ligera es válido ante Dios para toda la vida, y debe ser honrado por cada uno de los cónyuges, aunque implique mucho sufrimiento. “Honroso sea en todos el matrimonio, y el lecho sin mancilla; pero a los fornicarios y a los adúlteros los juzgará Dios” (Hebreos 13:4).

### El divorcio lleva al adulterio

El Señor barre las sutiles afirmaciones de los escribas con una sola frase: “El que repudia a su mujer... hace que ella adultere” (Mateo 5). Cualesquiera que sean los defectos y debilidades de la mujer, quien la repudia, esto es, se divorcia de ella, la expone a una unión posterior con otro hombre, que sería una unión adúltera; prueba de que, ante Dios, la primera unión sigue existiendo. En ausencia de infidelidad, el matrimonio contraído ante Dios y ante los hombres no se rompe por el divorcio —pronunciado por los hombres en un tribunal—, ¡sino por la unión adúltera que le sigue! La misma consecuencia se produce cuando es la mujer la que quiere el divorcio, o en el caso de mutuo consentimiento.

El Señor añade: “... y el que se casa con la repudiada, comete adulterio”. El que se casa con una mujer divorciada comete adulterio, en la estimación de Dios, porque está entrando en una unión que todavía

existe para Él. De acuerdo con estas palabras del Señor, el apóstol Pablo escribió a los corintios: “Pero a los que están unidos en matrimonio, mando, no yo, sino el Señor: Que la mujer no se separe del marido; y si se separa, quédese sin casar, o reconcíliese con su marido; y que el marido no abandone a su mujer” (1 Corintios 7:10-11).

### La única excepción

No hemos mencionado aún la única excepción admitida por el Señor Jesús, y que excluye todas las demás: “El que repudia a su mujer, a no ser por causa de fornicación...” (Mateo 5:32). Esta única excepción está ausente en Marcos 10:11-12 y Lucas 16:18. Solo la encontramos de nuevo en Mateo 19:9, en términos ligeramente diferentes (“salvo por causa de fornicación”). Por pecado de fornicación, la Escritura no se refiere solo a la prostitución, sino a cualquier relación sexual extramatrimonial. El Señor no está diciendo que la fornicación cometida por uno de los cónyuges deba conducir al divorcio, sino que el nuevo matrimonio del otro cónyuge no es, en caso de divorcio, adulterio.

No se trata, pues, de un mandamiento, sino de una excepción por la que Dios sale al encuentro de la debilidad espiritual o moral del cónyuge engañado. Incluso el

pecado de adulterio puede y debe ser perdonado cuando se ha hecho una confesión franca; no tiene, pues, por qué conducir necesariamente al divorcio.

¡Qué serias, pero también qué claras, son las palabras de nuestro Señor sobre el comportamiento en su reino! El apóstol Pablo también escribe que los fornicarios y adúlteros no heredarán el reino de Dios (1 Corintios 6:9-10; Gálatas 5:19-21; Efesios 5:5). ¿Podría ser que su voluntad revelada no se esté cumpliendo en su reino? Mientras el mundo, dominado por Satanás, se rebela contra los mandamientos de Dios, el deseo profundo de todos los verdaderos discípulos de Jesús debería ser no solo discernir su voluntad, sino también cumplirla.

A. Remmers

## La Iglesia, cuerpo de Cristo

---

### El bautismo del Espíritu Santo

¿Cuál es el papel del Espíritu Santo en la formación de la Iglesia de Dios, el cuerpo de Cristo? Un pasaje de la primera epístola a los Corintios nos da una respuesta completa: “Porque por un solo Espíritu fuimos todos bautizados en un cuerpo, sean judíos o griegos, sean esclavos o libres; y a todos se nos dio a beber de un mismo Espíritu” (1 Corintios 12:13). El bautismo del Espíritu es mal interpretado por muchos. Algunos lo imaginan como una especie de segunda bendición reservada para unos pocos privilegiados, que viene un tiempo después de la conversión; otros suponen que es una efusión especial y repetible del Espíritu Santo que viene sobre los creyentes individual y colectivamente, como resultado de la oración ferviente.

La Escritura habla de otra manera. El bautismo del Espíritu (siendo el Señor el que lo realiza, Juan 1:33) tuvo lugar en vista a la constitución del cuerpo de Cristo. El Señor resucitado dijo a los suyos: “Vosotros seréis bautizados con el Espíritu Santo dentro de no

muchos días” (Hechos 1:5); lo que sucedió el día de Pentecostés. A través de este bautismo, los creyentes son unidos a Cristo, la Cabeza viviente en el cielo, y unos a otros.

### **La unión de los creyentes con Cristo**

Tal cosa no podía suceder hasta que Cristo fuera glorificado. Hubo hombres piadosos antes, por supuesto; la fe personal existió desde los días de Abel, e incluso de Adán. Pero no podía existir esta unión con Cristo hasta que se cumpliera la obra de la redención y el Señor fuera elevado al cielo. Entonces se reveló y se cumplió el propósito de Dios que fue concebido antes de la fundación del mundo, pero que estaba escondido en su corazón hasta el tiempo apropiado. Este propósito era que hubiese una compañía de personas en la gloria celestial con el “segundo hombre” (1 Corintios 15:47), compartiendo con Él todos los resultados de su obra gloriosa, y estrechamente asociados a Él.

Estas personas son reunidas mientras los propósitos de Dios con respecto a la tierra están en espera. Cuando el Mesías se presentó a Israel, fue rechazado. Este repudio pospuso el establecimiento del reino y las bendiciones asociadas con Él para toda la tierra.

Todo pronto se realizará, y lo que los profetas han anunciado se cumplirá. Pero por ahora, Cristo está sentado a la diestra de Dios, y el Espíritu Santo está sobre la tierra, reuniendo a los que son miembros de Cristo y sus coherederos. Cuando su número esté completo, el Señor descenderá del cielo y los traerá a su presencia. ¡Qué maravilloso formar parte de este propósito divino!

Antes era un gran privilegio ser judío, poseer la Palabra de Dios y tener acceso a su santuario en la tierra. Pero las bendiciones características de la era de la gracia van mucho más allá de aquellos antiguos privilegios. En esta nueva compañía de personas, todas las distinciones terrenales entre judíos y no judíos desaparecen. Se destruye la “pared intermedia de separación” que separaba a Israel de todas las demás naciones (Efesios 2:14). Todos los creyentes, independientemente de su origen, tienen “entrada por un mismo Espíritu al Padre” (v. 18). Todo lo que pertenece al Cristo resucitado les pertenece también a ellos, ya que están unidos a él como miembros de su cuerpo.

### **Consecuencias prácticas a nivel personal**

Para entender verdaderamente nuestra posición ante Dios, debe-

mos aprender a conocer la de Cristo. Así es cómo podemos tomar posesión de nuestra parte celestial, que es tan maravillosa. La posición de Cristo debe ser bien comprendida, porque eso es lo que cada miembro comparte, por la infinita gracia de Dios. Una plenitud de bendiciones es nuestra en Él: “Bendito sea el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, que nos bendijo con toda bendición espiritual en los lugares celestiales en Cristo” (Efesios 1:3). Y porque estamos en Cristo, todo el amor del Padre descansa en nosotros.

El conocimiento personal de estas cosas, cuando se halla en lo profundo de nuestro corazón, nos separa del mundo y nos da un carácter celestial. Si sabemos que nuestra parte es enteramente celestial, y que somos en realidad uno con el Hombre exaltado en el cielo, esto produce en nosotros el deseo de saber lo que está allá arriba y de familiarizarnos con lo que nos es revelado. Es imposible para un creyente apropiarse por la fe de su unión con Cristo en la gloria y al mismo tiempo amar a un mundo inicuo y hostil a su Salvador. Una comprensión puramente intelectual de estas cosas es inútil e infructuosa. Tomar por fe tal lugar de bendiciones y privilegios conlleva responsabilidades correspondientes para nuestro andar en la tierra.

## **La unidad práctica en la vida de la Iglesia**

En esto insiste el apóstol en 1 Corintios 12. La epístola a los Efesios nos presenta el lado celestial de la verdad de la unidad del cuerpo, mientras que la primera a los Corintios nos muestra sus consecuencias prácticas en la tierra. Todos los miembros han recibido algo de la Cabeza para la edificación y bendición del cuerpo, y ninguno tiene que quejarse del lugar y deberes que se le asignan (véase 1 Corintios 12:14-26). Uno no tiene que estar celoso del otro, y los que están más dotados no tienen que despreciar a los que lo están menos. Todos tenemos necesidad, y “los miembros todos se preocupen los unos por los otros” (v. 25). Los miembros más débiles, lejos de ser inútiles en el cuerpo, deben ser objeto de especial cuidado y cariño de sus hermanos. Hay una comunidad de intereses entre los miembros de Cristo.

## **El alejamiento a lo largo de los siglos**

Estos principios divinos concernientes a la Iglesia fueron entendidos y practicados por fe entre los primeros creyentes. La descripción que nos da el Espíritu de Dios en los primeros capítulos de los Hechos es de gran belleza.

Desafortunadamente, los cristianos se han alejado gradualmente de ellos. El apóstol Pablo, a quien Dios había usado como administrador de la verdad de Cristo y de la Iglesia, vio con tristeza el comienzo de este periodo de decadencia a medida que se acercaba su partida. Y después de que murió, la decadencia fue rápida. La verdad se perdió por completo.

La mayoría de las doctrinas sobre la salvación individual fueron redescubiertas durante la reforma del siglo 16, pero pocas de ellas sobre la Iglesia de Dios. No fue sino hasta el siglo 19 que Dios sacó estas cosas a la luz nuevamente. El Espíritu de Dios reveló estas verdades nuevamente, antes del regreso del Señor. Él deseaba llevar a los creyentes a su verdadera relación con Cristo, para que pudieran tener un andar apropiado, tanto individual como colectivo, y practicar los principios revelados al inicio.

### **Nuestra responsabilidad hoy**

Algunos afirman que es prácticamente imposible actuar según tales principios, después de todo lo que se ha introducido en lo que lleva el apellido de Iglesia. Nos hemos aplicado a la edificación de cuerpos formados según principios humanos, que nada tienen en común con el cuerpo de Cristo.

La Palabra de Dios se considera anticuada.

¿Qué podemos hacer? La Iglesia de Dios está compuesta de individuos y cada creyente tiene su propia responsabilidad ante el Señor. Es bastante claro que es imposible reformar toda la cristiandad. Pero cada uno debe buscar el camino del Señor por sí mismo. Sin embargo, lo que Dios ha instituido permanece. El Espíritu Santo todavía está en la tierra, y también el cuerpo de Cristo. “Un cuerpo, y un Espíritu, como fuisteis también llamados en una misma esperanza de vuestra vocación” (Efesios 4:4). Si algunos tienen en el corazón realizar estas verdades por la fe en la Palabra de Dios, y de vivir prácticamente lo que Él ha instituido, pueden contar con la presencia del Señor “en medio de ellos” (Mateo 18:20), y con el poder del Espíritu de Dios que da todo lo necesario para la vida colectiva. ¿Qué más podría desear nuestro corazón?

W.W. Fereday

---

Arrepentíos, porque el reino de los cielos se ha acercado.

Mateo 4:17

---

Bienaventurados los que... con todo el corazón le buscan.

Salmo 119:2

---

Porque de esta manera os será otorgada amplia y generosa entrada en el reino eterno de nuestro Señor y Salvador Jesucristo.

2 Pedro 1:11

---

Lo que Dios juntó, no lo separe el hombre.

Mateo 19:6

---

Porque por un solo Espíritu fuimos todos bautizados en un cuerpo.

1 Corintios 12:13

---

## Publicación de edificación cristiana Creced

---

Se suele utilizar en las citas bíblicas la versión Valera 1960 o la versión Moderna (V.M.). Estas citas se encuentran entre “ ”.

**Suscripción:** La revista se envía a todo aquel que la solicite. Se sostiene con las oraciones, suscripciones y ofrendas de creyentes.

En caso de **cambio de dirección**, le rogamos que nos avise lo más pronto posible, comunicándonos tanto la nueva como la antigua en caracteres claros y legibles.

**Contacto:** Para cualquier información referente a Creced, o para solicitar la suscripción, debe dirigirse a la dirección siguiente: Creced, Les Pommerets 6, 2037 Montezillon (Suiza), por medio del sitio [www.creced.ch](http://www.creced.ch), o a través de la dirección de correo electrónico: [revista@creced.ch](mailto:revista@creced.ch).

Están a la venta los **20 volúmenes** encuadernados de la revista Creced, desde 1984-85 hasta 2022-23. Cada uno consta de 336 páginas. Indique claramente los años que desea recibir.

**Precio** (1 volumen): 10 \$ EE. UU. 10 EUR 10 CHF

Se aplicará un descuento de 15 % a quienes soliciten 5 volúmenes, de 20 % a partir de 10 volúmenes y de 25 % por la serie completa. Las librerías ya establecidas gozan de un mayor descuento.

Ofrecemos gratis el índice de los 20 primeros años de la revista Creced (1984-2003) a quienes compren los libros encuadernados o posean los fascículos de esos años.

### Medios de pago:

- PayPal: Usar el siguiente enlace: [PayPal.Me/paralarevistacreced](https://www.paypal.com/paralarevistacreced).
- Western Union: a nombre de Jean-Pierre Cuendet, Les Pommerets 6, 2037 Montezillon (Suiza).

En cualquiera de estos casos, es importante que nos avise lo antes posible a: [revista@creced.ch](mailto:revista@creced.ch), indicándonos sus nombres y apellidos, la suma que manda, la fecha del pago y el número del giro de Western Union.

- Alternativamente, se puede enviar billetes de \$ EE. UU. o de Euro en un sobre certificado.

Comité de redacción: J.-P. Cuendet (responsable), J. Perron, J.-C. Moinat, O. Perron

---

**Sitio web:** <http://www.creced.ch>

**E-mail:** [revista@creced.ch](mailto:revista@creced.ch)

---